La noche del miércoles, María preparó todas las prendas tejidas que intentaría vender en la mañana del jueves en el mercadillo. Repasó las chambritas de bebé, los patucos haciendo juego, las bufandas, los chalecos, los refajos de colores y cuando le pareció todo preparado para la venta, bien doblado lo metió en el hatillo en donde lo llevaba al mercadillo. Así se fue a dormir, en su habitación solitaria de aquella casa vieja que se caía a cachos.

 Por la mañana llegó temprano a la Plaza, le gustaba colocar la mercancía con gusto y sin prisas. Los caballetes y los tableros que formaban la mesa estaban ya instalados y el alfarero del puesto que siempre tenía a su lado, le ayudó a preparar el toldo para resguardarla de los fríos en invierno y de los fuertes calores en verano. Ella no tenía suficiente fuerza para sujetarlos y el hombre estaba dispuesto a echarle una mano en el momento necesario. Cuando todo estuvo preparado, esperó rogando al cielo poder hacer una buena venta.

 A media mañana el ambiente se alegró, la gente comenzó a pasear por entre los puestos, la temperatura era agradable y esto ayudaba a que se demoraran frente a los tenderetes aunque fuera para curiosear. Cerraba la venta de unos patucos a una embarazada cuando lo vio. Ligeramente encorvado, aquel día el lumbago no debía de ser muy fuerte. Se paró frente a su puesto y María se dirigió a él con su mejor sonrisa.

-Buenos días Don Bartolomé.

 Al hombre le brillaron los ojos rojos y redondos y el bigote se quedó quieto. Asombrado por la amabilidad poco usual, le devolvió la sonrisa y María, por primera vez, vio sus dientes, amontonados, unos encima de otros, como si no tuvieran bastante sitio en la boca. Pensó que debía de tener más de la cuenta. Nunca había visto tantos dientes juntos y esto la dejó sorprendida pero fue sólo durante un instante. Inmediatamente se fijó como el bigote de Don Bartolomé comenzaba a moverse de nuevo de una manera más agitada, rumiando a más velocidad. María comprendió que estaba terriblemente nervioso. Luego, llevó la mano al sombrero y se alejó del puesto sin comprar nada.

 Cuando el mercadillo cerró y María con sus bártulos volvía hacia su casa, se encontró con que Don Bartolomé la esperaba con su carro parado en la esquina de la calle. Con galantería le quitó los paquetes de las manos, los puso en la tartana y de una manera amablemente empalagosa la ayudó a subir. La acompañó hasta su casa dando una vuelta por el pueblo como si quisiera lucir ante todos la compañía que llevaba.

 María estaba desorientada, no sabía que deducir de todo aquello pero sí adivinó como su vida daba un cambio y no pudo evitar la risa al ver a las vecinas atisbar tras los visillos. El pueblo ya iba a tener tema para hablar, hacer y deshacer comidillas durante un tiempo. María, la hija del maestro, acompañada a su casa en el carro de Don Bartolomé Cruces, el del lumbago.

 Y así fue cuando comenzó a verse con frecuencia la brillante tartana de Don Bartolomé parada junto a la puerta de la casa de María en la calle Caballeros.

 En un principio sólo los días de mercadillo para ayudarla a cargar y descargar su mercancía, después día sí, día no, pero siempre aparecía en el mismo sitio la tartana de Don Bartolomé. Pasado un tiempo, María conoció a la señorita Lucía.

 Una vez concedido el permiso a don Bartolomé para que la agasajara con algún obsequio poco importante, una tarde, la invitó a merendar y la llevó en el lustroso carro hasta su casona en Ciudad Rodrigo acompañada de su amiga Teresa que, en aquella ocasión, a petición de María y para evitar excesivos comentarios de sus convecinos, hizo de carabina en aquel encuentro.

 Cuando llegaron a la casona, María se quedó sorprendida. Le pareció entrar en un palacio. Las salas enormes, las escaleras anchas, de piedra, llevaban a los pisos superiores, las lámparas de hierro, que en un principio habían servido para alumbrarse con velas, habían sido cambiadas por la electricidad, los cuadros enormes con los retratos de los ascendientes familiares, los muebles, enormes, de caoba, llenaban las habitaciones, parecían las estancias del castillo de un señor feudal.

 La señorita Lucía la saludó como si ya supiera que iba a suceder o como si no le importara lo que podía pasar, nunca se sabía lo que aquella mujer pensaba, mejor dicho, parecía que no pensaba nada. Teresa, con discreción, se sentó en una silla de madera con alto respaldo, un poco retirada del grupo mientras los dos hermanos y María, se sentaban a una gran mesa, frente a una jícara de chocolate caliente.

 Después de una conversación insulsa acompañada de continuos silencios, a Don Bartolomé le faltó tiempo para arrodillarse a los pies de María y, delante de su hermana, como un testigo que pudiera imponer una respuesta afirmativa, le propuso un matrimonio en el cual le ofrecía una vida llena de comodidades al mismo tiempo que le entregaba una preciosa y antigua sortija de pedida que, sin embargo, María no pudo lucir puesto que fue necesario enviarla a un orfebre para arreglarla a la medida de sus pequeños dedos.